

Bibliotecas populares en la Argentina decimonónica. Aproximaciones críticas a una política de la lectura

Javier Planas^{1,2}

¹CONICET. ²Departamento de Bibliotecología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad Nacional de La Plata. 48 e/6 y 7, 1900 La Plata, Argentina. E-mail: planasjavier@yahoo.com.ar

Resumen. Este trabajo procura brindar una aproximación crítica al estudio de las bibliotecas populares fomentadas por el Estado argentino en la década de 1870. Tomando como referencia los aportes teóricos de Roger Chartier y Pierre Bourdieu al campo de los estudios históricos y culturales sobre la lectura, se intenta problematizar dicho objeto a partir de tres inscripciones fundamentales. La primera de ellas referida al contexto cultural en el que emergen estas asociaciones para la lectura. La segunda vinculada a las formas concretas en que esta política se instrumenta. Finalmente, y como consecuencia de la exploración de las dos instancias precedentes, se extiende una pregunta fundamental: ¿Qué lectores contribuyen a fundar estas organizaciones? De este proceso analítico surge una constatación preliminar: los fundadores de las bibliotecas se ubican, en términos generales, en la ortodoxia del campo de la lectura, mientras que se espera que los lectores menos avezados en los códigos letrados hagan uso de estas instituciones como medio de completar su instrucción.

Introducción

En esta ponencia quisiera enfocarme en los vínculos entre las bibliotecas populares y los lectores que son el objeto de esta política de la lectura. Para problematizar estas relaciones, y al mismo tiempo dejar explicitados mis supuestos teóricos, desearía evocar un texto producido en colaboración entre Pierre Bourdieu y Roger Chartier. Me refiero a “La lectura: una práctica cultural” (2010 [1985]). Este trabajo es el resultado de un diálogo reflexivo entre los autores sobre las posibilidades y los recaudos epistemológicos que deberían considerarse para estudiar las distintas dimensiones de la lectura —histórica, social, etc. Entre las diferentes constataciones a las que arriban Chartier y Bourdieu, citaré dos. Primero: la lectura es el resultado de las condiciones de formación en la que se

inscriben los lectores. Este fuerte anclaje material y cultural nos obliga a reconocer que los lectores no han sido formados siempre del mismo modo, y que el capital cultural, social y económico del que disponen es variable. En consecuencia, su situación en el campo de la lectura es desigual (ortodoxia y heterodoxia). Segundo: la lectura es objeto de disputa simbólica. El centro de la lucha está dado por el control del monopolio de la lectura legítima. ¿Qué es, en los límites de un período específico y en un recorte geográfico singular, lo que está permitido leer?, ¿quiénes fijan las jerarquías de lo que es un buen libro? Y una vez precisada la escala de valores, ¿quiénes determinan qué interpretación es la correcta? Estas y otras preguntas que pudieran formularse sugieren una tensión entre dos series de elementos: de un lado, aquellos que conciernen a la actividad de los productores y los distribuidores (autores, editores, etc.), cuyas apuestas se orientan a fijar lo legible y a modelar las maneras de leer. De otro, los asociados a los lectores, que inscriptos en sus trayectorias sociales y formativas, se hacen cargo de las lógicas dispuestas por los productores de manera diferenciada.

Lo dicho precedentemente exige, en primer lugar, explorar las condiciones de formación del público lector de las bibliotecas populares. En este sentido, es ineludible referirse al proceso de alfabetización que movilizó el Estado a partir de la segunda mitad de la década de 1850. La ampliación del lectorado transformará paulatinamente las relaciones y las posiciones en el campo de la cultura argentina, y especialmente en el de la lectura. Las bibliotecas populares, también fomentadas por el Estado, se inscriben en este proceso de cambio cultural, vale decir: ellas mismas son productoras de lectores. Si aceptamos este supuesto, inmediatamente debemos preguntarnos: ¿Cómo se organizan estas bibliotecas?, ¿qué lectores las sustentan?

I

Me ocuparé, en primer lugar, del proceso de alfabetización que está en la base de la ampliación del público lector.

En las últimas décadas del siglo XIX en la Argentina, los procesos de legitimación de la lectura adquieren nuevos relieves sociales e institucionales. Manejar los códigos de la lectura y de la escritura no es suficiente como estrategia de distinción cultural (Bourdieu, 1998 [1979]). La progresiva democratización de la cultura escrita operada por el Estado redistribuye las fracciones de capital asignadas tradicionalmente, situando a un conjunto de nuevos actores sociales en posición de disputar los criterios de jerarquización hacia el interior del campo de la lectura. Esta expansión, entonces, se sustenta en la emergencia de un lectorado popular, cuyas destrezas aprendió en las sucesivas campañas de alfabetización. Para ilustrar en cifras este proceso, podemos señalar que la asistencia escolar avanzó paulatinamente entre 1850-1883, creciendo cerca de 22 puntos (del 6,5% en 1850 al 28,6% en 1883). En 1895 se registró un decrecimiento relativo de 0,6%, pero los números absolutos de la escolarización continuaron creciendo: de 11.903 alumnos en 1850 a 82.679 en 1869, y de allí a 145.660 en 1883, y a 246.132 en 1895 (Tedesco, 2003).

Ahora bien, siguiendo la línea argumentativa expuesta por Adolfo Prieto (2006 [1988]) — nadie ha investigado mejor este tema que él— el éxito que se infiere de los datos censales precedentes debe leerse conjuntamente con los testimonios que nos informan acerca de la precariedad del sistema educativo. Baste aquí con señalar los altísimos niveles de deserción escolar durante los primeros cursos, que en algunos períodos específicos superó el 90%. Este índice se comprende en la realidad económica y social de las familias de los niños llamados a pasar por la escuela. Asimismo, existe una serie de elementos inherentes al sistema que explican su problemático andar, como la inconexa política pedagógica o las ostensibles limitaciones en la formación de un cuerpo de docentes. Por otro lado, las energías dispuestas por cada gobierno en las campañas de alfabetización no siempre fueron iguales. En este sentido, son visibles las diferencias que separan a Mitre de Sarmiento. Mientras que el primero orientó la atención hacia los Colegios Nacionales, el segundo procuró garantizar la educación primaria para el mayor número de habitantes posibles (Eujanián, 1999; Tedesco, 2003).

En definitiva, el nuevo público lector se formó en la distancia existente entre la voluntad discursiva de los entes oficiales y las condiciones materiales de concreción. La formación

pedagógica de los lectores y su procedencia social constituyen dos coordenadas insoslayables para situar a los “recién llegados” al campo de la lectura en el último tercio del siglo XIX. Su presencia, como quedó dicho, modificará irreversiblemente la ortodoxia lectora.

II

Si la escuela, con todas sus limitaciones estructurales, aparece como el principal dispositivo cultural que activó el Estado, este no fue, sin embargo, el único. La creación de una red nacional de bibliotecas populares hacia 1870 constituyó uno de los más ambiciosos proyectos de instrucción. Un doble objetivo cruza estas instituciones: movilizar recursos materiales para suplir los estrechos canales comerciales del libro, y contribuir a complejizar la red de relaciones sociales mediante la constitución de nuevas formas de sociabilidad.

Dispuestas en la tensión moderna entre la conservación y la diseminación del conocimiento, y situadas en relación con el ámbito de pertenencia institucional, el estilo de gestión, la disponibilidad de acceso y uso del material bibliográfico, y el tipo de lecturas que promueven (Parada, 2007), las bibliotecas populares constituyen una novedad en el plano bibliotecario argentino en el siglo XIX. Hasta 1870, y sólo exceptuando casos notables, las bibliotecas constituían ámbitos restringidos al público, cuando no directamente cerrados (Sabor Riera, 1974-1975; Parada, 2007). Este carácter se explica, al menos en parte, en la distinción más amplia entre lo culto, ligado a las élites letradas, y lo popular, identificado especialmente con la cultura oral. En la medida en que esta demarcación se volvió borrosa, los espacios bibliotecarios dejan de pertenecer únicamente a circuitos sociales más o menos selectos, y pasan a formar parte de círculos comunitarios extendidos.

Las bibliotecas populares en la Argentina se desarrollan bajo las condiciones de la ley nacional número 419, promulgada el 23 de septiembre de 1870. Esta ley fomenta un sistema de organización asociacionista preexistente a la intervención del Estado. Según esta modalidad y sus exigencias, fundar una biblioteca significa lograr una coordinación civil básica: proponer la idea, buscar adeptos, participar de la recaudación dineraria inicial,

escribir los estatutos y los reglamentos, escoger un lugar físico, asignar responsabilidades, armar la lista de los libros que se desean adquirir, etc. Una vez cumplidos estos pasos —que no son pocos, por cierto— los asociados están en condiciones de recibir el auxilio estatal, que es igual al pozo reunido por los participantes, más los gastos de envío del material bibliográfico.

Este modelo de autogestión que se promueve aparece como el límite que se impone al progreso de las bibliotecas populares, por cuanto su expansión queda librada a la disposición de los lectores para fundarlas. Pero al mismo tiempo, esta faz del sistema es uno de los estímulos más importantes para los asociados, puesto que les permite determinar con autonomía el rumbo de la institución. Este elemento, conjuntamente con el dispositivo subsidiario implementado, la libertad de elección de los libros y la novedosa posibilidad de llevarlos en préstamo domiciliario, conforman los aspectos sustantivos de este programa cultural. Entre 1870 y 1876 el éxito de esta apuesta fue extraordinario: más de un centenar y medio de bibliotecas se fundaron en todo el territorio nacional.

III

Hasta aquí he intentado dilucidar los trazos más generales de esta política de la lectura. Quisiera enunciar, para comenzar a finalizar esta ponencia, nuestro tercer problema: ¿Qué lectores se hacen cargo de esta política de la lectura? Trabajaremos con una fuente privilegiada: el *Boletín de las Bibliotecas Populares* (de aquí en más: *Boletín*), que es la revista que la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares editó para orientar a los lectores y seguir la evolución de este proyecto cultural.

Desde el primer número del *Boletín*, sus responsables no dejan dudas sobre quiénes deben fomentar localmente la formación de las bibliotecas populares. En este sentido, en las primeras páginas de esta publicación puede leerse un llamado dedicado a los jueces de paz, a los dirigentes municipales, a los párrocos, a los preceptores de escuelas y a los socios de los clubes sociales. La apelación a este conjunto de autoridades de la órbita vecinal se desarrolla mediante el uso poco reservado de halagos moralizantes, de invitaciones a

cumplimentar designios patrióticos o de simples amenazas sobre los peligros de la ignorancia popular.

Las figuras precedentes son representativas de aquello que en la teoría de los campos identificaríamos con la ortodoxia (Bourdieu, 2002 [1980]). Su posición dominante en el campo general del poder les confiere, *a priori*, una ventaja para acceder a los lugares más relevantes en el ámbito de las relaciones socio-culturales hacia el interior de las bibliotecas populares. Pero evidentemente esta condición no es suficiente para monopolizar los criterios de jerarquización de la lectura, pues aquí entran en juego la posesión de otras formas de capital. El capital cultural, en su triple inscripción, como saberes incorporados (conocimiento apropiado del lenguaje), como objetivación material (posesión de bibliotecas privadas) y como reconocimiento oficialmente obtenido (titulaciones adquiridas en instituciones estatales o privadas), constituye un elemento central en la determinación de las posiciones. La capacidad adquirida en el trayecto formativo biográfico de los lectores les confiere poder legítimo de distinción entre las buenas y las malas lecturas.

En términos generales, serán estos lectores, más o menos avezados en el manejo de los cánones de la cultura escrita, quienes movilicen las primeras bibliotecas populares, tal como se esperaba desde la Comisión. Esto no significa, sin embargo, que el ente oficial de las bibliotecas estuviera interesado en controlar indirectamente la lectura pública por vía de los buenos lectores. Sin duda que algo de esto hay en el despliegue de su estrategia. Incluso explícitamente se reserva algunas prerrogativas vinculadas a la “fiscalización saludable” de los títulos. Pero en rigor, el objeto de la Comisión es continuar el proceso de modernización cultural iniciado por la escuela. La base material que sustenta este horizonte es la organización de asociaciones de lectura, dispuestas para contribuir a suplir los estrechos circuitos de circulación comercial del libro a nivel nacional. Para llevar adelante esta tarea, y reconociendo los límites y las ventajas impuestas por la legislación de bibliotecas, la Comisión no tiene otro recurso más que mover discursivamente a quienes están dispuestos a gestionar emprendimientos comunitarios de este tipo, y que por sus condiciones socio-culturales ciertamente pueden hacerlo.

La ortodoxia del campo tiene su reverso. Como hemos señalado anteriormente, se espera que las bibliotecas populares reciban esencialmente a los lectores que egresan sucesivamente de las escuelas primarias (por supuesto, también a los que han aprendido a leer por otras vías no institucionales). Estos lectores son el producto de las campañas de alfabetización que hemos comentado. El ingreso reciente a la cultura letrada les confiere un lugar relegado en la distribución de las posiciones legítimas —o dominantes— en el campo de la lectura. Y si bien el capital cultural del que disponen es aún incipiente para tomar parte en la elaboración de los juicios estéticos e intelectuales hacia 1870, este es lo suficientemente importante para comenzar a resquebrajar la hegemonía tradicional. Asimismo, cuando la Comisión representa en sus textos al nuevo lectorado no sólo lo ubica desplazado culturalmente (“humildes de espíritu”, como suele denominarlos), sino también en términos socioeconómicos (los “humildes de bolsillo”). Esta distribución desigual de capital entre los lectores emergentes y aquellos ya consolidados ayuda a comprender la insistencia de la Comisión en promocionar entre estos últimos la formación de bibliotecas.

Consideraciones finales

A lo largo de esta exposición he procurado brindar un panorama general de la participación de las bibliotecas populares en el proceso de formación de un amplio público lector. En el plano bibliotecario decimonónico, son estas bibliotecas las que se disponen para recibir a este público emergente, al tiempo que su existencia depende de una asociación de lectores que coordine sus actividades. Pero no todos los lectores son iguales. Sus trayectorias dependen de las condiciones en las que se han formado como tales, y en las circunstancias sociales en la que se inscriben. Este reparto desigual de capital cultural y social determinará que los lectores mejor posicionados, es decir, aquellos revestidos de mayores dotes de capital, se harán cargo de la organización de las bibliotecas. Esta circunstancia era bien conocida por la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, que siempre alentó a este público desde su publicación. Como contrapartida a este conjunto de autoridades culturales

(ortodoxia), se extiende aquel grupo de lectores menos habituados a las pautas que rigen el campo de la lectura (heterodoxia).

Hasta aquí llega esta primera aproximación. Las relaciones que se establecen entre los lectores, las prácticas de gestión de las bibliotecas y los otros temas que contribuyen a dar forma a esta historia algo olvidada por la bibliografía académica, serán objeto de otros trabajos.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. 2002 [1980]. Algunas propiedades de los campos. En: *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Montessor.
- Bourdieu, Pierre. 1998 [1979]. *La distinción: criterio y base social del gusto*. Madrid, Taurus.
- Bourdieu, Pierre y Roger Chartier. 2010 [1985]. La Lectura: una práctica cultural. En: Pierre Bourdieu, *El sentido social del gusto: elementos para una sociología de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Eujanián, Alejandro. 1999. “La cultura: público, autores y editores”. En: Marta Bonaudo (Dir.). *Liberalismo, Estado y orden burgués (185-1888)*, tomo 4 de Nueva historia Argentina. Buenos Aires, sudamericana.
- Parada, Alejandro. 2007. Tipología de las bibliotecas argentinas desde el período hispánico hasta 1830. En: *Cuando los lectores nos susurran. Libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: UBA, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Prieto, Adolfo. 2006 [1988]. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Sabor Riera, María Ángeles. 1974-1975. *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*. Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste. Dirección de Bibliotecas
- Tedesco, Juan Carlos. 2003. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires, Siglo XIX.

Fuentes

- Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. 1872-1875. *Boletín de las bibliotecas populares*. Buenos Aires: la Comisión, (1-2).